

Toli, el firme

Érase una vez, en un reino de paz y de amor, un palacio, y en ese palacio, un rey ecuánime y una reina sabia que eran felices, pues tenían dos hijos maravillosos y juguetones. El niño era el mayor, tenía un cabello muy tupido y lustroso que llamaba la atención y brillantes ojos despiertos y vivaces que chispeaban tras sus gafas. Su nombre era Toli. La niña se llamaba Victoria porque sus hadas madrinas habían augurado que traería grandes dones para el reino. Tenía grandes ojos azules y limpios, una sonrisa preciosa y largas trenzas negras. Los principitos jugaban y se divertían todo el tiempo y como eran a veces traviosos, burlaban la guardia de sus nodrizas y corrían al bosque

cercano. Un día en que hacía viento del Este una siniestra pareja de malhechores los raptaron y se los llevaron muy lejos, fuera del reino, a un país triste y gris.

Los raptores eran un hombre y una mujer que jamás dejaban ver sus rostros porque llevaban puesta una máscara que desesperaba a los dos hermanitos: el hombre llevaba una máscara que imitaba el rostro del rey padre y su compañera una que reproducía el rostro de la reina madre. Con esas máscaras, habían inventado una manera de torturar a Toli y a Victoria porque jugaban al juego de astucia maligna. El procedimiento consistía en imitar a los reyes padres y así confundir a los niños. Toli era muy inteligente y también lo era su hermanita, pero ella tenía un punto débil: se ponía furiosa cuando la desesperaban y Toli no sabía cómo impedir que, por ello, les hiciera perder puntos en el juego siniestro. Toli explicaba a su hermanita que esos malos raptores no se parecían en nada a la voz de sus padres, olían mal, decían palabras sucias, y, sobre todo, tenían una risa maligna y siniestra que en nada se parecía a la clara y suave risa de los reyes

padres. La pequeña Victoria aseguraba a Toli que estaría en guardia y que no caería en la trampa de confundir a sus padres con esos dos malhechores. Entonces Toli se ponía más esperanzado y confiaba en que, a la mañana siguiente, cuando los obligaran a jugar, no perderían. Y es que era muy importante no perder, pues los raptores, con amenazas y astucias, terminaban por hacerles caer en la trampa de revelarles verdades capitales sobre sus padres. Y, cada vez que eso ocurría, se quedaban con algo de los reyes padres. Hasta ahora sólo habían codiciado, y obtenido, la corona del rey, los suntuosos vestidos de la reina, y un anillo de esmeraldas que ella amaba mucho. Pero Toli estaba muy inquieto e intuía que podrían hacer perder cosas terribles a sus bondadosos padres. Se sentía culpable e impotente por no poder controlar y serenar a su hermanita.

A la mañana siguiente, que era la tercera, la siniestra pareja convocó de nuevo a los dos hermanos y, tras las máscaras, se dedicaron esta vez a imitar a la reina y a criticar sus ojos, que, decían, eran pequeños, legañosos y bizcos. Hay que reconocer esta vez que Victoria aguantó

mucho sin responder. Pero cuando la raptora dijo con voz sibilina que la culpa de ello la tenía Victoria por haber robado unos pendientes de plata de la reina y que eso la había hecho llorar tanto y tanto que sus ojos se quedaron así, la niña replicó, furiosa, que su madre no tenía pendientes de plata, sino de diamantes, y que jamás robó nada, y que, además, los ojos de la reina eran verdes y grandes y limpios y serenos. Entonces, con horror, los dos hermanitos vieron aparecer tras la máscara de la raptora los preciosos ojos de la reina y, en las bastas orejas de la malhechora, los pendientes de diamantes de la madre. La hiriente risa de la mala mujer no pudo cubrir los sollozos de los niños.

Como el país gris y feo estaba tan lejos del palacio, los raptores no se molestaban en vigilar a los niños y éstos aprovechaban las tardes para salir a explorar los alrededores. Esa misma tarde salieron, apesadumbrados. Como Victoria era muy olfativa, en medio del bosque, frente a un árbol retorcido y calcinado, percibió un olor que le resultó familiar y muy desasosegante: percibió el mismo olor nauseabundo que tenían sus raptores. Alertó a Toli y siguió el rastro

del apestante aroma hasta llegar a una choza lúgubre. En su entrada había muchos murciélagos que dormitaban colgados de las patas y con la cabeza hacia abajo. También había ratas y un gato sarnoso y agresivo. Toli tuvo que arrastrar a su hermanita y darle ánimos y coraje hasta llegar a la ventana, por cuyos sucios cristales se asomaron a mirar. Dentro de la choza había una bruja muy vieja, muy fea, que reía como la raptora y que fumaba sin cesar. Tras minutos de observación Toli, que era muy inteligente, comprendió que la-bruja-que-fuma era la maestra de sus innobles raptores, que aprendían de ella los hechizos y trucos para someter y abrumar a los principitos. Cuando ya éstos se iban a retirar horrorizados, apareció cerca de la bruja y viniendo del fondo de la lóbrega pieza, la más preciosa niña que Toli viera en toda su vida. Al comienzo creyó que la adorable criatura era uno de los rehenes de la siniestra banda que los había llevado, a su hermanita y a él, lejos de su familia. Sintió bullir en él un justo coraje y se prometió, cuando lograra burlar a sus enemigos, venir a liberar a esa niña que debía de ser también una princesa como él. Sintió latir muy fuerte su corazón al contemplar el precioso rostro de

bebé adorable de la criatura, sus rizos rubios como el oro, sus grandes ojos violeta y su sonrisa radiante. La encontró irresistible y reconoció en la criatura a aquella princesa con la cual soñaba desde muy niño y con la cual fundaría una familia tan feliz y unida como la suya propia. Pero, y una duda horrible asaltó su gallardo corazón cuando oyó a la niña llamar “mamá” a la bruja, ¿ese ser tan perfecto e irresistible no sería también otra brujita que había robado, rasgo a rasgo, el aspecto de alguna princesa lejana y buena, tal y como lo estaban haciendo sus raptos con sus reyes padres?

Toli se sintió abrumado y apesadumbrado cuando, tironeado por Victoria, aceptó alejarse de la fea choza de la-bruja-que-fuma. Se sentía muy pequeño aún, muy inexperto, muy ajeno al conocimiento del mal, y, por ende, desarmado y vulnerable ante él. ¿Cómo iba a hacer para librar a su hermanita y a él de las garras de esos tres maléficos que, día a día, se hacían con partes maravillosas de sus padres? ¿Cómo iba a desatar el nudo terrible de ese maleficio que caía sobre ellos y encontrar el camino de vuelta al hogar?

Y -y eso parecía aún más terrible para él-, ¿esa niña tan preciosa, era una niña de verdad, presa de la-bruja-que-fuma, o era otra brujita mala y ladrona? Toli se hundió en un silencio inhabitual en él, mientras caminaba sin rumbo fijo con su hermanita quien, al no recibir respuesta a sus intranquilas preguntas, se enfadó con su hermano y luego rompió a llorar.

De repente, una hora más tarde, Victoria dejó de lloriquear. Su atención estaba solicitada ahora por una botella que flotaba, arrastrada por un precioso riachuelo que parecía cantar. Toli recogió la botella que tanto atrajera a su inquieta hermanita y comprobó que contenía un mensaje, que sacó, presuroso y anhelante. Era un pergamino muy bonito, bellamente coloreado, y con una frase escrita que devolvió la esperanza y la sonrisa al rostro de los niños. Decía. “Cuando tu corazón esté listo para mí, encontrarás la salida hacia la luz y la verdad. Si es tu caso, sigue el canto del pájaro naranja”.

Una vez más, fue la revoltosa Victoria la que encontró al pájaro naranja. Era un precioso colibrí de colores brillantes e irisados de tonos lilas, amarillos y naranjas. Dominaba, efectivamente, el naranja. El colibrí, llamado dulcemente por la niña, suspendió en el aire su rápido vuelo y le picoteó amorosamente el rostro, aún bañado por las lágrimas. Victoria se rió encantada y los niños siguieron una complicada senda entre matorrales de lavanda cuyo olor, esta vez, agradaba a Victoria y ensanchaba el corazón de Toli. Tras un buen rato de grato caminar, llegaron a otra choza que, esta vez, encantó a los niños. Era bonita y blanca y las paredes parecían irradiar una extraña y apacible luz que les recordó, a ambos niños, la mirada de la reina madre cuando se inclinaba hacia ellos para desearles felices sueños y darles un beso en la noche. Allí, en las afueras de la choza, había multitud de animalitos preciosos y felices que corrieron a festejar la llegada de los niños, los cuales empezaron a gritar de júbilo, mezclando el sonido de sus voces con las de sus graciosos amiguitos.

Atraída por el alborozo, apareció en la puerta pintada de amarillo un ser maravilloso con forma de mujer, que les sonreía dulcemente. Sin decir palabra, la maga, pues de una maga se trataba, hizo pasar a las criaturas y les ofreció una merienda, también maravillosa, como jamás probaran otra igual. La maga era aún más bella, sabia y serena que la reina madre, y, cuando les habló, vieron perlas de sabiduría salir de su preciosa boca. Las palabras de la maga serenaron los corazones de los niños y lo que más enardeció el ánimo de Toli fue lo que ella le dijo al oírlo al despedirlo: “Aférrate a las perlas que recogiste hoy y de ti saldrán las palabras justas para reírte de lo que es la nada”.

Continúa... ([Si desea continuar leyendo, adquiera el libro ahora mismo.](#))